

PÉRSONAJES

DON TIMOTEO.

Da. SERAPIA.

LEONOR.

MARIA.

CLARA.

DON CARLOS.

DON JUAN.

DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 18... en la
casa de Don Timoteo.



ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada.

ESCENA I.

D. TIMOTEO, Da. SERAPIA (de gala.)

D. Tim.—Vaya, Serapia, estás hoy
Muy elegante; ¡qué bello!
¡Qué rico vestido! ¡diablo!
Si no fuera por tu pelo
Un poco blanco, y las rugas
De tus mejillas, apuesto
Que ninguno te daría
Más de treinta y cinco.

Da. Ser.— ¿Cierto?
¿Con qué no parezco mal?

D. Tim.—¿Cómo mal? si poco menos
Estás hoy como aquel día
Que nos casamos: me acuerdo
Como si fuera hoy.

- Da. Ser.— Con todo,
Treinta y dos años y medio
Hace que pasó.
- D. Tim.— Es verdad,
¡Qué pronto se pasa el tiempo!
- Da. Ser.— ¡Y qué tiempos!
- D. Tim.— Muy felices;
No se parecen á éstos:
¡Ay! hija, por más que digan
Los pisaverdes modernos,
Aquello era mucho, ¡mucho!
¿Te acuerdas con qué salero
Bailabas una "gavota?"
- Da. Ser.— Y tú también, picaruelo,
Aquel "minuet de la corte."
- D. Tim.— Y el "calafat."
- Da. Ser.— Y el bolero.
- D. Tim.— No; pero nada, Serapia,
Como el "campestre:" me acordó
Que estaba yo como tonto,
Mirando tus movimientos:
Desde la primera parte,
Sentí dentro de mi pecho
Cierta inquietud... cierta cosa...
Lo que llaman los modernos
Simpatía; pero ¡vaya!
Cuando hizo tu pie derecho
Aquel molinete, entonces
Se me trastornó el cerebro.
¡Ay! ¡y qué noche me diste!
En toda ella estuve viendo
Tus pies en mi fantasía;

- Y era tan grande el empeño
De recordarlos, que dije
Al punto á mi cocinero,
Que me guisara á otro día
Unas patitas de puerco.
- Da. Ser.— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!
- D. Tim.— Te ríes,
Y con razón, lo confieso,
Si digo que estaba loco,
Loco de remate, y luego
Con tus desdenes malditos
Me hacías rabiar.
- Da. Ser.— Lo creo,
Me amabas mucho, me amabas
Como se amaba en mi tiempo:
Y yo también te quería;
¿Pero, cómo luego luego
Lo había de confesar?
No, señor.
- D. Tim.— ¡Oh! no, primero
Era preciso pasar
Unas noches al sereno,
¿No es verdad?
- Da. Ser.— ¡Cabal! Ahora
Todo es más pronto.
- D. Tim.— Se han hecho
Muchos progresos en todo;
Llega un jovencillo lleno
De perfumes; media hora
De charla, suspiros tiernos,
Semblante triste; en la tarde
Una vuelta en el paseo

Junto al coche de la niña:
 En la noche algún encuentro
 En las "cadenas" ó el teatro:
 Si un cómico dice un verso
 Que hable de amor, al instante
 El rendido caballero
 Dirige ardiente la vista
 Al palco, como diciendo:
 "Esa Julieta, eres tú,
 Y yo soy ese Romeo."
 Con esto queda concluido
 El asunto, y de concierto
 Los amantes. A otro día
 Lleva el joven algún verso
 A la novia: poco importa
 El que sea suyo ó ageno:
 Cambia el nombre si es preciso,
 En vez de "Silvia," poniendo
 Anastasia, porque al cabo,
 Dos sílabas más ó menos
 Poco importan; la substancia
 Es lo esencial.

Da. Ser.— ¡Por supuesto!

D. Tim.—Por fortuna en estos días
 Hace todo el mundo versos.

Da. Ser.—Pero no en latín.

D. Tim.— ¡Latín?
 ¡Pues estás fresca! yo apuesto
 Que no saben declinar
 "A Musa Musae."

Da. Ser.— Ya; pero....

D. Tim.—Pero saben italiano,
 Francés, inglés.

Da. Ser.— Mas no griego.
 Como en mis días.

D. Tim.— Serapia,
 Para mí es un mundo nuevo
 En el que vivimos hoy;
 Ya ves, hasta el coliseo
 Ha cambiado: ya no agradan
 Las comedias de aquel tiempo:
 Juana la Rabicortona,
 El Mágico de Salerno,
 La Fuente de la Judía,
 El Principe Jardinero,
 Estos eran comediones
 Divertidos.

Da. Ser.— Y muy buenos,
 Y muy morales.

D. Tim.— ¡Caramba!
 Si eran morales! me acuerdo
 Que una vez salí llorando
 Como chico de colegio,
 De ver á San Agustín
 Quedar convertido.

Da. Ser.— En ciervo....

D. Tim.—Qué ciervo, ni qué....

Da. Ser.— Es verdad,

Tienes razón, ya me acuerdo,

Es en santa Genoveva

Lo del venado. Ya eso

Acabó, y las tonadillas

Que llamaban "intermedios."

Hoy está en boga un tal Fugó.

D. Tim.—Hugo dirás.

Da. Ser.— ¿Yo qué entiendo
De esos nombres que no están
En el calendario nuestro?
Hasta en eso entró la moda:
A nadie le ponen Diego,
Ni Jacinto, ni Macario,
Ni Roque, ni Timoteo;
Sino Arepo, Arturo, Adolfo;
En fin, santos extranjeros
Que ni estarán bautizados.
En todo caso me atengo
A los nuestros, que por fin
Son ya conocidos viejos,
Y el refrán dice: "Más vale
Malo conocido, que bueno
Por conocer."

D. Tim.— Calla, calla,
Serapia, ¿qué estás diciendo?
¿Qué disparates ensartas?

Da. Ser.— (Aflojándose el vestido)
¿Pues qué, digo mal? El cielo
Sabe mi intención. ¡Dios mío!
¡Y qué traje tan molesto
Es el vestido de gala!
Sólo por ser, Timoteo,
Día de tu santo, pude
Apretarme tanto.

D. Tim.— Cierto;
¿Y piensas tú, mona mía,
Que yo no te lo agradezco?
Mucho, mucho; siempre has sido
Un acabado modelo

De esposas: tengo tal gusto,
Que no me cabe en el pecho.
Sí, Serapia, hoy es el día
En que se van mis deseos
A colmar, con la elección
Que haga Juanito. Yo creo
Que la gusta más Leonor,
Que las otras dos.

Da. Ser.— Yo pienso
Lo mismo; no, y la muchacha
Lo merece.

D. Tim.— Por supuesto.
Pobrecilla!

Da. Ser.— ¿Y Don Antonio
Vendrá á comer hoy?

D. Tim.— Lo espero.

Da. Ser.— Aquí viene ya.

ESCENA II.

Dichos: DON ANTONIO.

D. Ant.— ¡Oh! vecina,
¿Pues qué tenemos de bueno
Que está usted tan adornada?
Da. Ser.— Que diga á usted Timoteo
El motivo: yo me voy
A mirar por allá dentro
Lo que ocurre: ya usted sabe
Que para esto del aseo
De la casa y la cocina,
Yo lo hago todo: no quiero

Que se molesten mis hijas,
A quienes ha dado el cielo
Inclinaciones más altas.

D. Ant.— (Con ironía.)
Es verdad.

Da. Ser.— Pues hasta luego.
(Se va haciéndole una gran cortesía á Don Antonio.)

ESCENA III.

DON TIMÓTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.— ¡Pobre Serapia! está loca
Con las muchachas, y cierto
Tiene razón: cada una
Es en verdad un portento.
Mariquita toca, canta,
Baila; en fin, es un mode'o
De perfección: ágil, viva,
Siempre de broma y riendo.
Clara, por distinto estilo...
¡Ah! Don Antonio, el talento
De mi Clara es mucha cosa:
Ya ve usted, siempre leyendo
Periódicos literarios
Y políticos: apuesto
Que sabe más ella sola,
Que tres ministros.

D. Ant.— (Riendo.)

En eso
No hay mucha ponderación,

Amigo Don Timoteo.

Adelante.

D. Tim.— ¿Pues Leonor?

¡Oh! Leonor es mucho cuento:

¡Qué corazón tan sensible,

Tan encendido, tan tierno!

¡De cualquiera cosa llora!

Antes de ayer, por ejemplo,

Estaba triste, bajando

Los ojos cada momento:

Otras veces los alzaba

Fijándolos en el cielo;

Y por fin, la pobrecilla

Se puso á llorar: yo lleno

De inquietud....

D. Ant.— (Con ironía.)

Ya, como padre!

D. Tim.— Yo le pregunté el objeto

De sus penas, y me dijo:

“¡Oh padre mío, yo muero

“De dolor! la pobre Clara....

—¡Qué! le dije muy inquieto,

¿Le ha sucedido á tu hermana

Alguna cosa? Volemos

A verla. “No, padre mío,

“Me respondió, nada de eso,

“No hablo de Clara mi hermana,

“Clara de Alva... ¡Qué tormento

“Pasó la infeliz! ¡Qué lucha

“Sostuvo entre sus afectos

“Y su deber!”

D. Ant.— ¿Con que todo

Su dolor y desconsuelo

Era por haber leído
Una novela? ¡muy bueno!
¿Y sabe usted por ventura
A qué se reduce el cuento
De ese libro?

- D. Tim.— No, señor;
Pero dicen que es muy bueno.
- D. Ant.— Oh, sí muy bueno! Se trata
De una joven, que algún tiempo
Resistir supo á un amante;
Pero como el bribonzuelo
Era tenaz, ella en uno
De aquellos fuertes momentos
De ternura, faltó al cabo
Al marido.
- D. Tim.— ¡Diablo!
- D. Ant.— Pero
Eso sí, no faltó en nada
A la virtud.
- D. Tim.— No lo entiendo:
Sin faltar á la virtud
Hacer á un hombre... ¡San Diego
Nos preserve!
- D. Ant.— Pero, amigo,
Si fué tan sólo un momento
De extravío.
- D. Tim.— Con mil diablos,
¿Pues qué no basta con eso?
- D. Ant.— No, señor, porque fué todo
Sin mala intención.
- D. Tim.— Reniego
De su intención.

- D. Ant.— Pues, amigo,
Todo esto ni más ni menos
Dice la tal novelita.
Sabe usted, Don Timoteo,
La franqueza con que siempre
He hablado á usted: yo no apruebo
Ese modo con que educa
A sus hijas.
- D. Tim.— Bueno, bueno;
Siempre está usted con lo mismo.
- D. Ant.— Sí, señor, siempre: el afecto
Que profeso á usted me hace
Hablarle así.
- D. Tim.— Según eso,
¿Usted quiere que sofoque
De mis hijas los talentos?
¿Que laven, cosan ó planchen,
Estén siempre en el brasero,
Disponiendo la comida,
Y, en fin, que tengan empleo
De criadas?
- D. Ant.— No, señor;
Pero que sepan al menos
Aquellas obligaciones
Que son propias de su sexo.
La música, la pintura,
El baile, todo es muy bueno,
Y sirve á una señorita
De atractivo y de recreo:
Pero, amigo, todo es malo
Cuando se lleva al exceso.
- D. Tim.— Muy bien: agradezco mucho

Tan saludables consejos;
 Mas yo tengo mis razones:
 Conque así, no disputemos:
 Supongo que esto no turba
 Nuestra amistad.

D. Ant.— Nada de eso:
 Mi cariño es siempre el mismo;
 Yo digo á usted lo que pienso;
 Pero sólo á usted le toca
 Hacer lo que quiera en esto.

D. Tim.—Bien está: pues á otra cosa:
 ¿Usted, según lo que veo,
 No sabe por qué motivo
 Estamos hoy previniendo
 Una fiesta?

D. Ant.— No, en verdad.

D. Tim.—Pues, Don Antonio, yo debo
 Quejarme de usted.

D. Ant.— ¿Por qué?

D. Tim.—¿Cómo por qué? usted ha puesto
 En oído que hoy es día
 De mi santo.

D. Ant.— Lo confieso:
 No me acordaba.

D. Tim.— Pues bien,
 Ya lo sabe usted, y cuento
 Que nos acompañará
 Á comer hoy.

D. Ant.— Lo agradezco.

D. Tim.—Bueno; pues no esto sólo:
 Tome usted ahora un asiento,
 Y oiga el principal motivo

De mi gozo. En otro tiempo,
 (Se sientan)

Cerca de seis meses antes
 De casarme, me vi lleno
 De miseria, joven, libre, noble,
 Sin algún conocimiento
 Del mundo, sin un amigo
 Que me mostrara el sendero
 De la dicha, y entregado
 A juveniles excesos,
 Agoté cuantos recursos
 Me habían dejado, muriendo,
 Mis padres; contraí deudas,
 Y, por fin, llegué al extremo
 De no tener un asilo,
 Ni aun el preciso sustento.
 Los amigos, que algún día
 Eran siempre compañeros
 De mis vicios y locuras,
 Que mientras tuve dinero
 Solicitud me seguían,
 Mis errores aplaudiendo,
 Viéndome pobre, abatido,
 Y sin recursos, se fueron
 Retirando, y quedé solo,
 De rabia y vergüenza lleno.
 En medio de mi desgracia,
 Me quiso mandar el cielo
 Un hombre, ó más bien un ángel,
 Porque tal era Don Pedro
 De Miranda, rico, noble,
 Con un corazón dispuesto

A hacer bien á todo el mundo:
 Este amigo de colegio,
 Que mil y mil ocasiones
 Me reprendió mis excesos,
 Viéndome luego abatido,
 Me auxilió, me dió los medios
 Para salir del apuro;
 Y no tan sólo le debo
 La riqueza que hoy disfruto,
 Sino la vida. . . . no puedo
 Recordar sus beneficios
 Sin llorar.

D. Ant.— Bueno ¡muy bueno!
 Esas lágrimas, que pocos
 Derraman, Don Timoteo,
 Honran á usted. En verdad,
 (Aparte.)

Es lástima que los cielos
 Como le han dado virtudes
 No le den entendimiento.

D. Tim.—En aquellos mismos días,
 Tuve una fiebre, y Don Pedro,
 Siempre al lado de mi cama,
 Siempre de ternura lleno,
 Me sacó, como quien dice,
 Del sepulcro.

D. Ant.— Bien, ¿y luego?

D. Tim.—Tuvo que marchar á Europa
 Por asuntos de comercio.
 Nos despedimos llorando,
 Mas no pasaba un correo
 Sin recibir carta suya

Y escribirle yo. Don Pedro
 Era viudo y tenía un hijo
 Que llevó á Europa. A su seno
 Llamó, en fin, Dios á mi amigo,
 Y durante mucho tiempo
 No supe del hijo suyo
 La suerte: hará mes y medio
 Que él mismo vino á mi casa
 Á visitarme, diciendo
 Que al morir su anciano padre,
 Le encargó que en el momento
 Que pusiera el pie en su patria
 Viniera á verme: no tengo
 Que decir á usted el gozo
 Que tuve al punto de verlo,
 Y lo he alojado en mi casa:
 Juanito, á quien tanto aprecio
 Tiene usted, ese es el hijo
 De mi amigo.

D. Ant.— Y un modelo
 De honradez: no se parece
 A su tonto compañero,
 Al Don Carlitos. ¡Caramba!
 Jamás he visto un muñeco
 Más fastidioso!

D. Tim.— Yo al punto
 Concebí el mejor proyecto
 Que me ha ocurrido en mi vida,
 Para pagar lo que debo
 Al padre de Juan, y dije
 A nuestro joven: yo tengo
 Tres hijas, elige una

Para esposa, y heredero
De una parte de mis bienes
Serás.

D. Ant.— Muy buen pensamiento;
Y él ¿qué respondió?

D. Tim.— Me dijo
Que era preciso primero
Conocer bien á mis hijas;
Mas no me bastó con eso,
Y señalamos un plazo
Para que eligiera.

D. Ant.— Bueno:
¿Y cuándo se cumple?

D. Tim.— Hoy mismo,
Que es mi santo.

D. Ant.— Pues veremos
Lo que resulta.

D. Tim.— (Levantándose.)
Ya tarda

En llegar.

D. Ant.— ¿Y el embustero
De Don Carlitos vendrá
Con Don Juan?

D. Tim.— Así lo creo.

D. Ant.— Pues no cuente usted conmigo
Para comer hoy: no puedo
Sufrir á ese charlatán.
Sin cesar está mintiendo:
A título de que ha visto
A París, todo lo nuestro
Le disgusta, todo es malo
Para él, si no es extranjero.

Criticar siempre de todo
En su país, es un efecto
De una educación muy baja:

Si no encuentra nada bueno

En su patria, debería

Por gratitud, por afecto,

Callarse, disimular,

Y compadecerse: cierto

Que tenemos cosas malas,

A mi pesar lo confieso:

Pero ¿qué nación, amigo,

Hay que no tenga defectos?

No; yo soy muy mexicano.

D. Tim.—Pero, D. Antonio, al menos

Haga usted el sacrificio

Siquiera por hoy: sí, cuento

Con usted: por un amigo

Se pasa un mal rato.

D. Ant.— Cedo

Por usted; pero repito

Que soy muy duro de genio;

Y aunque quiera reprimirme,

No sé si podré.

(Ruido de coche.)

D. Car.— (Dentro.)

Cocheros

Más tontos que los de aquí

No se encuentran.

D. Ant.— Ya tenemos

Al charlatán en campaña:

Yo me voy por allá dentro

Al corredor, y me iría,

Por no verlo, al mismo infierno.
Llevaré a'gún diario.

D. Tim.— Ya!

Como usted guste.

D. Ant.— Hasta luego.

(Vase, tomando de sobre la mesa un papel)

ESCENA IV.

DON TIMOTEO, DON JUAN, DON CARLOS.

D. Juan.— (A D. Timoteo.)

Muy buenos días, amigo.

D. Carlos.— (Al mismo, apretándole la mano).

Adiós, caro, ¿cómo va?

Ya nos tiene usted acá.

D. Tim.— Me alegro mucho.

D. Carlos.— Testigo

Voy á ser de la ventura

De mi Juan, ¡dulce amistad!

(A. Don Juan).

Pero vamos, la verdad,

¿Quién ha de ser la futura?

¡Vive Dios, que Leonorcilla

Es la que más te ha petado!

Oh! ¿te pones colorado?

Pues la cosa es muy sencilla,

Sí; me gusta la elección;

Parece una Parisiense:

No es menester que lo piense,

Tengo gran penetración:

Es ella ¿es verdad? es ella;

Si lo dije el primer día:

Aquella melancolía,

Aquel aire ¡cómo es bella!

En fin, es una mujer

“Comme il faut;” tan sólo en Francia

Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia:

Sé lo bueno conocer:

Sólo en la fisonomía

Adivino si una hermosa

Es afable ó desdeñosa,

Si es un ángel ó una harpía.

Miren ustedes: yo ví

Allá en la plaza de Greve,

Una hermosura, y muy breve

Su carácter descubrí:

Bajo un hermoso semblante

Ocultaba un corazón

“Tres méchant,” era un dragón.

D. Tim.— No pase usted adelante,

Sin que se sirva decirme

Qué es eso de “tres méchant.”

D. Carlos.— Vaya, si lo he dicho, Juan,

Yo no puedo discurrir

Por un momento siquiera

Sin hablar francés ¡qué diablo!

Es tan bello! yo lo hablo

Sin advertir, con cualquiera.

El idioma castellano

Es tan helado, tan frío:

(A D. Juan.)

Diera un brazo, amigo mío,

- Por ser francés ó britano.
- D. Tim.—Pero el “tres mechant,” por fin,
¿Qué significa?
- D. Carlos.— Un “fripon.”
- D. Tim.—Menos lo entiendo.
- D. Carlos.— Un bribón,
Un hombre bajo y ruin.
- D. Tim.—Lo voy comprendiendo ya.
- D. Carlos.—Mas ¿dónde están las hermo-
(sas?
¿En su “toilette?”
- D. Tim.— En sus cosas
Que tienen ellas allá.
- D. Carlos.—¡Sus cosas! Don Timoteo,
Ese es lenguaje muy llano.
- D. Tim.—Hablo mal el castellano,
Pero se entiende.
- D. Carlos.— Lo creo.
(A Don Juan, que se ha sentado hace al-
gún rato á leer los impresos.)
¿Y cuál es ese papel?
- D. Juan.—Es el Diario de gobierno.
- D. Carlos.—¡Vaya el tal Diario al infierno!
Si fuera el “Universal.”
(A D. Timoteo.)
Ese es bueno: ya se ve...
¿Y me quiere usted decir
Quién lo da? Voy á escribir
Un poco de “variétés.”
- D. Tim.—¿Quién lo da? el repartidor:
Y no lo da, que le vende.
- D. Carlos.—Amigo, usted no me entiende:

- Que ¿quién es el redactor?
- D. Tim.—¡Ah! no lo sé.
- D. Carlos.— (Hojeando los papales.)
¿Y está aquí?
- D. Tim.—¿Para qué pagar su abono
Si no lo entiendo?
- D. Carlos.— Por tono.
¿Va usted á la ópera?
- D. Tim.— Si.
- D. Carlos.—Entonces hace usted mal,
Si el italiano no entiende.
- D. Tim.—Fácilmente se comprende.
- D. Carlos.—Bravo! y que es un’versal!
De la música el idioma:
¿Cuánto me agrada Rossini!
Pero es más tierno Bellini,
Más “tocante:” yo ví en Roma,
No, no en Roma, fué en Milán.
Vi “Pirata,” ví “Extranjera:”
¡Oh, qué hermosas! Creo que era
Por la fiesta de San Juan.
¡Cabalmente! Pero nada
Como “Norma” ¡qué belleza!
Habla allí naturaleza.
- D. Juan.— (Aparte.)
¡El tal Carlos ya me enfada!
¡Qué loco tan hablador!
- D. Tim.— (Aparte.)
¡Qué joven tan estupendo!
¡Según lo poco que entiendo,
Es alhaja de valor!
Si pudiera colocar
A Mariquita con él. . .

D. Carlos.— (A D. Juan.)

Hombre, deja tu papel,
Y acércate á conversar.
Me maravillo que en día
Para tí de tal contento
Estés ahí macilento,
Lleno de melancolía:
Vamos, hombre, ven aquí.

¡Qué paciencia! ¡Qué cachaza!

D. Juan.—Si no dejas meter baza.

D. Carlos.—Pues no hagas caso de mí.

Yo soy completo francés,
Alegre, vivo, ligero:

¡Vaya! Si no hablo, me muero.

D. Juan.—Habla cuanto quieras, pues.

D. Carlos.—¿Y esta noche qué comedia

En el teatro darán?

¡A que nos encajarán

Una clásica tragedia!

¡Vaya! no se puede estar

En el teatro, ¡qué feo!

No parece coliseo,

Sino viejo palomar.

No se encuentra una nación

Más que México atracada:

Da vergüenza: aquí no hay nada:

Ni gusto, ni ilustración,

Ni ornato, ni policía,

Ni finura, ni alegría,

Ni hermosura, ni elegancia;

Repito que sólo en Francia

Se vive con alegría.

En las "soirées" ¡qué finura!

¡Qué dulce afabilidad!

¡Cuánta sensibilidad!

¡Cuánta graciosa locura!

El amable aturdimiento,

El entusiasmo, el bullicio,

Vaya! si yo pierdo el juicio

(Mirando adentro.)

Al verme aquí ¡qué tormento!

¿Mas no es aquella Leonor?

No hay duda que es ella, sí;

Juanito, ya viene allí

El objeto de tu amor.

¿No sientes un dulce afán?

¡Qué elegante! ¡Qué bonita!

¿Tu corazón no palpita?

Eres un clásico, Juan.

Eres hijo del país.

No, no lo puedes negar.

D. Juan.— (Parándose.)

Ni tampoco remediar.

D. Carlos.—Para amar sólo en París;

Allí sí se estudia el modo

Hasta de poner el pie,

Los ojos, la boca, ¡qué!

Por principios se hace todo.

Ven, y mirala, entregada

Toda entera á la lectura:

¡Cuánto es bella una hermosura

Distraída, abandonada!

D. Tim.—Siempre usted la verá así,

No conoce otro placer.

D. Carlos.—Divina, "charmante" mujer.

¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V.

Dichos, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; después de una ligera pausa deja el libro y representa.)

Leo.—¡ Ha muerto, ha muerto el misero
Joven desventurado,
Modelo acrisolado
De ternura y amor!
¡ Ay! ese pecho cándido
Despojo de la muerte,
Mereció mejor suerte,
¡ Oh, vida de dolor!
¡ Quién no derrama lágrimas
Al leer tu triste historia?
Y ¿quién á tal memoria
No se siente morir?
Recibe, triste víctima,
Recibe el llanto mío:
Yo tu destino impío
Siempre sabré seguir.

(Deja el libro: queda como meditabunda en el sofá.)

D. Carlos.—¡ Qué pecho tan simpático.

D. Tim.—Sí, es muy sensible, mucho.
Hija....

Leo.— ¡ Qué voz escucho!

¡ Oh padre! ¿ Dónde estoy?

Mirad... Su rostro pálido:

Oid.... ese sonido....

¡ Ha muerto! ¡ Está perdido!

D. Tim.—Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo ¡ misera!
Su corazón palpita.
¡ Paloma!

D. Carlos.— ¡ Señorita!

D. Tim.— (A D. Juan.)

Háblale tú.

D. Juan.— ¡ Leonor!

D. Carlos.—¡ Leonor! ¡ Qué hombre tan
(frígido!

¡ Qué pecho tan helado!

Dile á sus pies postrado:

(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)

“¡ Mi bien! ¡ Mi dulce amor!”

Leo.—Levantándose y empujando á Don Carlos.)

Dejadme, dejadme,

¡ Y es ésta la vida,

Tormentos, horrores,

Continuo penar?

¿ Y el hombre se afana

Por ella? ¡ Insensato!

Más vale á la tumba

Mil veces bajar.

D. Tim.—Escucha, hija mía,

(Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.)

La voz de tu padre.

- Leo.— (Sosegándose.)
 ¡Oh, padre! ¿Y es cierto?
 ¿Fué todo ilusión?
- D. Carlos.—Ya vuelve en su acuerdo:
 ¡Miradla qué hermosa!
 (A D. Juan.)
 Acércate, calma
 Su fiel corazón.
 ¿No sientes tu pecho
 Saltar de ternura?
- D. Juan.— No.
- D. Carlos.—¿No? Eres un mármol,
 Palabra de honor.
- Leo.—¡Oh, padre! perdona:
 La historia de Werter
 Mi pecho ha llenado
 De horrible dolor,
 ¡Tan joven! ¡tan tierno!
 ¡Tan bello! ¡tan fino!
 ¡Qué suerte tan fiera!
- D. Tim.—Olvida eso ya.
- D. Carlos.—Amable belleza,
 Aquí está Juanito;
 Miradle qué triste,
 Qué pálido está!
- Leo.— (Tendiéndole la mano.)
 Amigo.
- D. Juan.— ¿Ha pasado
 El rato funesto?
- Leo.—¡Oh! sí, ya ha pasado.
- D. Tim.—Ya vuelve á reír.
- D. Juan.—¿Y por qué leer libros
 Que dan á usted pena?

- Leo.—Amigo, sin ellos
 No puedo vivir.
 El siglo en que estamos
 Carece de encantos:
 Pasiones comunes
 Miramos no más:
 ¡Mil veces felices
 Los seres dichosos,
 Que vieron el mundo
 Mil años atrás!
 Entonces, entonces
 Un buen caballero,
 Giraba su dicha
 Tan sólo en amar:
 La voz de una amada
 Mandaba en su vida,
 Sabiendo por ella
 La muerte arrostrar.
 Diez años ó veinte
 Pasaban sin verse,
 Y no se entibiaba
 Por eso su amor.
- D. Carlos.—¡Terrible constancia!
- Leo.—¡No se halla en el día!
- D. Carlos.—¿Dos meses? que pase....
- Leo.—¿Dos meses? ¡qué horror!
 No, yo no quiero
 La vida presente;
 ¡Helada existencia!
 ¡Funesto vivir!
 Yo encuentro en mis libros
 Un mundo más bello.

- ¡Oh, Werter! yo debo
Contigo morir!
- D. Tim.—¿Morir? ¡San Francisco!
¡Qué dices, muchacha!
¿Y á un padre que te ama
Quisieras dejar?
- Leo.—¡Oh, padre! bajemos
Los dos á la tumba!
- D. Carlos.—¡Bien dicho!
- D. Tim.— ¡Mal dicho!
No quiero bajar.
Es cierto que á veces
Amarga la vida;
Mas siempre la muerte,
Es mucho peor.
- Leo.—¡Ah! no, no, la tumba,
La tumba es el puerto,
El puerto seguro
Do acaba el dolor.
- D. Tim.—¡Muy bien! será puerto,
Será lo que quieras;
Mas yo estoy contento
Del mundo en la mar.
- D. Carlos.—Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un "pistolet."
Lo carga, y al punto
Del pícaro mundo
Se va "sans facon."
¡Oh! no hay como Francia,

- Se vive contento,
Contento se muere!
- Leo.—¡Dichosa nación!
- D. Tim.—Muy buena es la moda;
Yo tengo mal gusto:
¿Y usted, Don Carlitos?
- D. Carlos.—¡Oh! yo por mi fe,
Os juro que sólo
En ésta no he entrado.
- D. Juan.—¿De veras? (Riendo).
- D. Carlos.— Te digo
Que no me maté.
No hablemos más de esto;
De amores, de gozo,
En día tan bello
Debemos hablar.
- María.— (Dentro.)
Muchacha, mis flores.
- D. Carlos.— (Cantando.)
"Cual voce io sento
De goia é di espeme
Mio sen palpar."
- D. Tim.— (Aplaudiendo)
Muy bien, Don Carlitos.
- D. Juan.—De risa me muero.
- Leo.—Dichosos ustedes
Que pueden reir.
- D. Tim.— (A Leonor)
Aléntate, vamos.
- Leo.—No puedo, no puedo:
Mis nervios padecen,
Me siento morir.

- D. Tim.—Pues ve con Juanito:
El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llévala al jardín.
- D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)
Iremos.
- D. Tim.— Despacio.
- D. Juan.— (Aparte).
¡El cielo me ampare!
- Leo.—Adiós, padre amado.
- D. Tim.—Adiós, serafín.
- Leo.—Adiós, Don Carlitos.
- D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir andando; aparte.)
Adio, cara. Aprieta,
Al uso de Francia,
Con mucho calor.
- D. Juan.— (Aparte á Carlos.)
Si llora por Werter.
- D. Carlos.—Si Werter ha muerto.
Aprieta, te digo.
- D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

- D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una joven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.

- D. Carlos.—¡Es verdad, á fe de Carlos!
Es la más tierna belleza:
¡No respira, qué pureza!
¡No son sus ojos, qué amor!
¿Usted no ha estado en París?
- D. Tim.—No, señor.
- D. Carlos.— Mucho lo siento:
Allí sí que es un portentoso...
¡Oh, la preciosa ciudad!
Allí no hay una mujer
Que sea helada ni egoísta;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en París!
¡Cómo se infalma el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.
- D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río,
¿Amores yo, y á mi edad?
- D. Carlos.—Pues es la pura verdad.
- D. Tim.—¿Cierto?
- D. Carlos.— Palabra de honor.
- D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas...
- D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!
Esas las quita cualquiera...
Aun aquí que es buen decir.
- D. Tim.—¿Y mis arrugas?
- D. Carlos.— También.
Las quitan allí al momento.
- D. Tim.—Será por encantamiento.
- D. Carlos.—No, señor.
- D. Tim.— Quiero reír...